

TOM HARPER

El

DESCENSO

de ORFEO

l**o**veda

Título original: *The Orpheus Descent*
First published in Great Britain in 2013
by Hodder & Stoughton An Hachette UK company

Primera edición: 2014

© Tom Harper, 2013
© de la traducción: Ester Molina, 2014
© de esta edición: Bóveda, 2014
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-15497-62-2
Depósito legal: SE. 1384-2014
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO UNO	15
CAPÍTULO DOS	25
CAPÍTULO TRES	36
CAPÍTULO CUATRO	51
CAPÍTULO CINCO	60
CAPÍTULO SEIS	69
CAPÍTULO SIETE	84
CAPÍTULO OCHO	97
CAPÍTULO NUEVE	110
CAPÍTULO DIEZ	124
CAPÍTULO ONCE	142
CAPÍTULO DOCE	160
CAPÍTULO TRECE	175
CAPÍTULO CATORCE	192
CAPÍTULO QUINCE	209
CAPÍTULO DIECISÉIS	220
CAPÍTULO DIECISIETE	229
CAPÍTULO DIECIOCHO	245
CAPÍTULO DIECINUEVE	258
CAPÍTULO VEINTE	271
CAPÍTULO VEINTIUNO	287
CAPÍTULO VEINTIDÓS	308
CAPÍTULO VEINTITRÉS	323
CAPÍTULO VEINTICUATRO	331
CAPÍTULO VEINTICINCO	340

CAPÍTULO VEINTISÉIS	347
CAPÍTULO VEINTISIETE	355
CAPÍTULO VEINTIOCHO	372
CAPÍTULO VEINTINUEVE	386
CAPÍTULO TREINTA	400
CAPÍTULO TREINTA Y UNO	411
CAPÍTULO TREINTA Y DOS	423
CAPÍTULO TREINTA Y TRES	440
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO	449
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO	468
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS	480
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE	489
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO	511
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE	535
CAPÍTULO CUARENTA	542
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO	552
AGRADECIMIENTOS	569

*Para Matthew,
belleza y verdad*

Nadie en su sano juicio expresaría con palabras sus pensamientos más profundos, por no hablar de plasmarlos en papel.

PLATÓN, *Carta VII*

IMAGINA NUESTRA SITUACIÓN; ES ALGO ASÍ:
Hay una caverna. Hay hombres dentro de ella con collares y cadenas para que no puedan moverse y ni siquiera pueden girar la cabeza. Hay un fuego detrás de ellos que no pueden ver, y marionetas que bailan delante del mismo. Lo único que los prisioneros ven son sombras proyectadas en las paredes de la caverna. Llevan toda su vida en esa misma posición. Creen que las sombras son reales. ¿Qué otra cosa podrían pensar? ¿Qué ocurre si escapa uno de ellos?

No tengo que imaginarme la caverna; ya estoy en ella. No hay fuego ni sol. Las únicas sombras que hay son las proyecciones de mi propia mente.

La dureza del suelo me daña los huesos. Se me clava un nudo de la roca en la cabeza, pero el dolor acaba desvaneciéndose. La piedra me engulle; el calor de mi cuerpo hace que me funda con ella.

Descendí...

Los poetas dedican rapsodias al silencio de la tumba. Ahora que estoy aquí debo concluir que están bastante mal

informados. No hay silencio. El agua gotea como el latido del corazón. El susurro de las piedras y la melodía de la tierra girando sobre su propio eje se introducen en mis oídos.

La oscuridad me proporciona una visión extraña. No consigo ver mi mano si me la coloco delante de la cara, pero sí puedo mirar por encima del borde del mundo y ver todo el espacio combinado. Puedo hundir mi mano y recoger burbujas de tiempo, girarlas de este modo y el otro y contemplar cómo captan la luz.

Descendí...

En un cuenco resplandeciente veo la ciudad dorada, sus templos altivos sobre la elevada roca de la Acrópolis. En el puerto de más allá de los muros hay un barco de madera con ojos rojos y brillantes y otro barco de hierro cuyos ojos han quedado cerrados por la herrumbre. El barco de hierro no tiene velas; es el barco de los muertos.

Puedo oír el silencio y ver a través de la oscuridad. Estoy despierto y soñando al mismo tiempo. Estoy muerto y más vivo de lo que jamás he estado.

En el aire seco, capto el olor imposible de los higos maduros. La diosa debe de andar cerca.

Descendí a El Pireo. Lo recuerdo con tal claridad que parece que fue ayer.

UNO

*Bajo ninguna circunstancia debería
ningún menor de cuarenta años viajar
al extranjero.*

PLATÓN, *Leyes*

Atenas, 383 antes de Cristo

DESCENDÍ A EL PIREO, AYER, CON GLAUCÓN, MI HERMANO. Le dije que no perdiera el tiempo, pero él insistió.

El sonido de las flautas me condujo afuera, al amanecer de la ciudad. Las mejores fiestas ya llegaban a su fin: los músicos tocaban la última melodía mientras los invitados, agotados, se vestían y retiraban a las calles. La lluvia lamía el aire y una nube oscura amenazaba, inmóvil, sobre la mayor ciudad de la tierra.

En la puerta este, me detuve para mirar atrás una última vez. La cívica Atenas ya me había vuelto la espalda. El ágora, los tribunales, las casas de asambleas y las prisiones..., todo estaba oculto tras los hombros de la Acrópolis. Únicamente el Partenón permanecía en su lugar, cerniéndose sobre la ciudad como un fantasma de mármol entre las nubes.

Durante un segundo, la deliciosa melancolía se llevó mis preocupaciones. Susurré una oración e intenté asimilar en mi ser aquel momento para llevarlo conmigo en mi viaje.

—Mírala bien —dijo Glaucón—. La echarás de menos cuando te hayas ido.

Me giré. Delante de mí se elevaba un dios de sesenta centímetros con una erección de un metro. Glaucón se escupió en la palma de la mano y tocó el hermoso miembro del hermafrodita para que le diera suerte.

—Al menos le agrada verte marchar.

Fruncí el ceño, molesto por que hubiera estropeado el momento con una broma de mal gusto. La expresión de Glaucón cambió al instante, herido por mi ofensa, y se abrió un vacío entre ambos.

Más allá de la puerta, el camino hacia El Pireo es un pasillo largo y recto que se extiende entre los muros, una tierra de nadie víctima del vandalismo y plagada de huertos y tumbas. Caminar por allí me recuerda al patio de una cárcel, especialmente en los días en que los verdugos están desempeñando su labor fuera del muro norte y los gritos de los condenados te persiguen hasta el mar. A esa hora temprana, los verdugos seguían en la cama y el camino estaba casi desierto. Los viajeros que nos acompañaban en el camino no eran más que sombras en la distancia.

Era un paseo solitario, pero si había saqueadores o ladrones merodeando por las tumbas, no nos incomodaron. Los aristónidas siempre hemos sido hombres grandes; incluso a nuestra edad, alrededor de los cuarenta cada uno, aún se pueden ver en Glaucón rastros del que fue un héroe de guerra, y del luchador que una vez fui en mí. Pólux y Cástor, nos solía llamar Sócrates: los hermanos divinos, el boxeador y el jinete; sus mejores discípulos.

Se me tensan los músculos del pecho como me pasa siempre que pienso en él. Hace ya diez años y su absurda muerte aún me corta la respiración. Atenas ha estado vacía desde en-

tonces. Debería haberme marchado hace años; solo necesitaba el coraje suficiente para hacerlo.

Glaucón miró al cielo.

—Puede que se aproxime tormenta. No es un buen día para hacerse a la mar.

Empecé a caminar más rápido. Llevo tres noches teniendo el mismo sueño: me ahogo, me engulle un vacío del que ni mis propios gritos consiguen escapar.

No quiero seguir con este viaje.

Los atenienses nunca hemos estado a gusto en el resto del mundo. Somos gente excepcional y solo estamos cómodos entre nosotros. Incluso nuestros intentos intermitentes por llegar a ser un imperio han sido solipsistas, al intentar unir al mundo haciéndolo a nuestra imagen. El resto del tiempo, lo tenemos al alcance de la mano.

Al final de nuestro brazo se encuentra El Pireo, la mano ateniense que contiene al mundo o que se extiende, vacilante, para recibirlo. Allí se encuentran cada una de las naciones: los oscuros cartagineses farfullando en su lengua alígera, los habilidosos sicilianos con olor a queso, los colonos con aspecto de oso del mar Negro y los egipcios, que son capaces de proyectar la idea de eternidad incluso mientras regatean tres monedas de cobre por un fardo de tela. Las gallinas picotean el maíz que va cayendo de los vagones de grano durante la subida a Atenas, mientras las prostitutas intentan distraer a los hombres de sus trabajos por dos óbolos. Varias intentaron proponérsenos a Glaucón y a mí aquel día; incluso a mi edad, me sonrojé y no supe dónde mirar.

—Quizás eso te calme los nervios —me sugirió Glaucón—. Parece que ya estuvieras aturdido por el mar.

No podía negarlo. En medio de todos los olores importados que impregnaban el aire, podía saborear el amargo del mar.

El aroma me revolvió las tripas y deseé, de nuevo, haber abandonado aquel viaje.

Me llevé la mano a mi cintura, donde llevaba la bolsa con la carta de Agatón. Tenía que seguir adelante.

Así, continuamos el camino y dejamos atrás el emporio y el altar de la diosa tracia Bendis. Los palos quemados se acumulaban en las calles tras la procesión de antorchas de la noche anterior. Los barrenderos se afanaban con los cepillos para retirar las guirnaldas aplastadas y los jarros rotos que se habían ido dejando por el suelo durante los festejos.

Y allí estaba el puerto.

Supongo que cualquiera que mire al mar encuentra el reflejo de sus propias posibilidades. El mercader ve beneficios; el almirante, gloria; el héroe, aventura. Para mí era una boca negra inabarcable e incommensurable. Los barcos se agolpaban alrededor de la ensenada como dientes; la espuma amarillenta y los vertidos residuales salpicaban los pilotes como si se tratara de saliva. Lo peor de todo era el agua. Las olas inexploradas se despleaban ante mí y me sumían en mi pesadilla. La tierra se abría bajo mis pies y el sudor me inundaba la cara.

Glaucón me agarró del brazo.

—¿Te encuentras mal?

Lo aparté de mí y me obligué a seguir adelante y desviar la atención del agua. Más allá de la estoa divisé el pico del tejado del templo de Afrodita.

—Pensé que quizás debería dedicarle una oración a la diosa antes de partir.

No me creyó.

—¿No era suficiente con ir a Delfos? ¿Y qué hay del carnero que sacrificamos ayer en honor a Poseidón?

No lo había olvidado: la bestia cabeceando mientras le vertía agua sobre la testa, el tacto resbaladizo del cuchillo del

sacerdote, la sangre cayendo al cuenco y las entrañas retorciéndose como un puñado de anguilas.

—El sacerdote dijo que los presagios eran buenos —me recordó Glaucón. Se le torció la boca al pronunciar las palabras—. Si no te gustan los augurios, entonces deberías quedarte.

Me arriesgué y eché otro vistazo al puerto. La visión había desaparecido y ahora solo veía barcos.

—Vamos.

Encontramos mi barco amarrado en el muelle de Sicilia, en la parte este de la ensenada, la más concurrida del puerto. Me observó llegar con sus dos ojos rojos pintados en la proa, justo por encima de la línea del agua, mientras los esclavos lo alimentaban con jarras de aceite de oliva. Junto a la plancha del embarcadero había una pila de valijas desatendida.

Glaucón cogió las bolsas que un carro había descargado allí el día anterior.

—¿Son estas tuyas?

—La mayoría son libros.

—No verás mucho de Italia si tienes la cabeza enrollada en un papiro.

No intenté explicárselo. A Glaucón le encanta aprender cosas, pero jamás se perdería una buena comida por ello.

—No habrás visto nunca a Sócrates con un libro —persistió Glaucón.

—Yo no soy Sócrates.

—Él no se habría ido de la ciudad. —Lo decía por algo—. Nunca se fue, a excepción del servicio militar. Atenas lo era todo para él.

—Yo no soy él —repetí.

—¿Estás seguro de que estás haciendo lo correcto?

—Depende de lo que tú consideres correcto.

Al oír unos pasos corriendo por detrás de mí, me callé en seco. Sentí un tirón del abrigo que casi me hizo caer al suelo. Era un esclavo que llegaba sin aliento y con la túnica empapada en sudor a pesar de lo nublado del día. Se quedó mirándonos fijamente.

—Filebo quiere que esperen —dijo a duras penas.

—¿Dónde está?

El esclavo señaló hacia atrás, donde se arremolinaba la multitud en la estoa. Miré con disimulo la plancha de llegada al barco; estaba dispuesto a sobreponerme al miedo al mar con tal de evitar a un hombre como Filebo, pero ya podía verlo, su figura oronda abriéndose paso con el bastón hacia nosotros. Llevaba una guirnalda desaliñada enganchada a los rizos canosos y restos de vino en las mejillas, como si alguien le hubiera dado un tortazo. Debía de venir directamente desde la cena.

No saludó al acercarse.

—Los chicos de Aristón; sabía que erais vosotros. —Miró teatralmente desde las valijas hasta el barco y viceversa, y después a nosotros de nuevo—. ¿Vais a algún sitio? Parece que partís de viaje.

—Yo me quedo. —Glaucón me asintió, implacable—. Él se va.

—¿Dónde?

—A Italia.

Filebo hizo un sonido con los labios.

—Claro. La comida, los chicos... Volverás siendo el doble de hombre que eres ahora. —Me dio un golpecito en la barriga—. Cuidado con lo que te metes en la boca, ¿eh?

Me incomodó bastante, pero Filebo no lo percibió. Su mirada inquieta se había movido por encima de mi hombro, así que tuve que girarme con torpeza para ver lo que había detrás de mí. Un hombre alto con una distinguida cabellera, rostro

atractivo y una túnica puesta de forma casual sobre un hombro venía subiéndolo por la plancha. Llevaba detrás de él a un grupo de sirvientes que se balanceaban peligrosamente intentando cargar todos sus bultos.

Los ojos de párpados caídos de Filebo se abrieron de par en par.

—Es Eufemo —anunció—. El filósofo —gruñó—. Lleva incluso más carga que tú. A este paso, el barco no zarpará sin zozobrar.

El estómago me dio un vuelco.

—Eufemo no es filósofo, sino sofista. —dije.

—Es un pensador. —Filebo se dio un toqucito en la sien—. Ideas buenas y útiles, no como las de tu viejo amigo Sócrates, insignificancias de aire... Eufemo bien podría haberle enseñado varias cosas. Cuando llegues a Italia estarás tan colmado de aprendizaje que no te cabrá la comida.

Filebo estaba de pie en el borde del embarcadero y me habría resultado sencillo tirarlo al agua: un tironcito del bastón, un giro rápido y habría estado limpiando percebes del casco del barco. Posé la mano sobre el brazo de Glaucón por si había tenido la misma idea que yo. A diferencia de mí, él sí podría haber llegado a hacerlo.

—Al menos tendrás con quien hablar durante el viaje, y de sobra —me dijo Glaucón.

Mantuvo la expresión sobria, aunque yo no entendí la broma. Si había una cosa que temer más que un viaje en soledad, era hacerlo con un hombre como Eufemo.

¿Estás seguro de que haces lo correcto? Evitar la pregunta era fácil; contestarla, incluso con toda la sabiduría que Sócrates me enseñó, era imposible. Por eso tenía que partir.

«Siempre prepondría un bien posible a un mal certero», había dicho. Y un mes más tarde, se había tomado la cicuta.

Un puñetazo en el estómago fue lo que me devolvió a la orilla.

—Soñando, ¿eh? —dijo Filebo—. Apuesto a que ya te ves con un pie en esos antros de perdición.

—Voy a encontrarme con un amigo.

Me guiñó el ojo con maldad.

—Ya lo creo que sí. —Se moría de la risa por su propia salida—. Me encantaría ir contigo.

Le dio un golpe al esclavo con el bastón como si fuera un cabrero, devolvió el objeto a la verticalidad y se dirigió de nuevo a la multitud. Glaucón se quedó mirándolo.

—Supongo que no tendrás una litera de sobra en tu barco.

Fue una concesión digna. Lo miré agradeciéndoselo y aprecié las dudas que aún albergaba, pero apartó la mirada.

Devolví la atención a mi despedida de Glaucón.

—Ve con cuidado. Italia es un lugar peligroso. Más allá de las costas no hay más que páramos y bárbaros. No estaré allí para cuidar de ti.

Nos abrazamos y en cuanto lo toqué sentí pena; no era la melancolía satisfactoria de abandonar la ciudad, sino algo amargo e irrevocable. Estuve abrazado a él todo el tiempo que pude.

Al apartarme, me puso algo en la mano, un guijarro verde brillante pulido por el agua del mar.

—Es una piedra de un naufragio. Si el barco se viene abajo, agárrate a ella y te llevará de vuelta a tierra firme. Eso dicen.

La sostuve entre mis dedos como la púa de una lira. Claro que sabía que era una superstición, pero esa mañana estaba sensible. Casi podía percibir la magia de la piedra vibrando en su interior como una cuerda al puntear.

—¿De dónde la has sacado?

—Me la vendió un viajero, un sacerdote de Orfeo. —Se rio avergonzado—. Bueno, nunca se sabe...

—Espero no necesitarla.

—Claro. Buen viaje y que vuelvas siendo mejor hombre.

En cuanto puse un pie a bordo, volvieron las náuseas con sed de venganza. El embarcadero me daba vueltas, aunque el barco seguía amarrado y en calma. Aquello no tenía buena pinta, así que me agarré al borde y miré abajo, hacia el muelle, buscando a Glaucón y su mirada reconfortante. Se había marchado.

Algo me golpeó en la parte trasera de la pierna y estuvo a punto de tirarme por la borda. Uno de los sirvientes de Eufemo, cargado con un ánfora que casi me parte el dedo del pie, me dijo con mal tono que me apartara de su camino. Resentido, me dirigí a la popa rodeando la camareta. Estaba temblando. Me senté en la cubierta y esperé a que el pánico se disipara.

¿Estás seguro de que haces lo correcto?

Metí la mano en la bolsa y saqué la carta. La tripulación estaba demasiado ocupada en prepararse para hacerse a la mar como para prestarme atención y el sofista Eufemo estaba bajo cubierta.

Desenrollé el papiro, aunque lo había leído ya tantas veces que me lo sabía palabra por palabra.

He aprendido tantas cosas que no puedo plasmarlas en esta carta. Algunas te dejarán sorprendido, pero Italia es un lugar extraño, lleno de maravillas y peligros. Aquí no hay nadie a quien pueda confiar estos secretos.

Por enésima vez, me pregunté: «¿Qué secretos?».

La carga ya estaba a bordo y los cabos, tensados. El sol dibujaba su recorrido alrededor del mundo y la brisa de la tarde descendía desde las montañas para golpear las drizas como

una fusta, aunque las nubes trataran de impedirle el paso. Desde la lejanía, el mar y el cielo se unificaban sin la más mínima junta visible.

Un bote nos sacó del embarcadero; no se veía desde la cubierta, así que parecía que nuestro barco se movía por voluntad propia, sin remos ni velas. La torre blanca de la tumba de Temístocles nos observaba desde el cabo mientras nos alejábamos.

Y, entonces, me entregué al mar.